

Vasos

—¿De verdad crees que nos volveremos a ver? —preguntó Carolina.

—Claro que sí, mi amor —respondió Nicolás—. A menos que para ese entonces estemos tan viejos que ya no podamos ver.

—Oye, pero tú sí eres chistoso —dijo ella con tono sarcástico.

—Mil gracias, mi amor.

Se dieron un beso entre risas suaves que tapaban tristeza. Estaban recostados y abrazados sobre la cama de Nicolás, tal vez por última vez. La cama no tenía ni forro, ni almohadas, ni sábanas; ya casi todo estaba empacado. Era de noche y la luz blanca fosforescente de la habitación alumbraba ropa tirada, unas bolsas de basura llenas de libros para regalar, unas bocinas dañadas para botar, un tocadiscos para vender y una densa montaña de objetos misceláneos como facturas, cartas, pines, fotos, folletos, monedas y demás.

—Oye —dijo ella—: hablo en serio.

—Yo también. Claro que nos volveremos a ver. Y créeme: en mi mundo ideal, no nos dejaríamos de ver.

Carolina abrazó a Nicolás con fuerza y comenzó a llorar lentamente. Nicolás la abrazó y se aguantó las lágrimas. Tenían un acuerdo implícito que consistía en que, si uno lloraba, el otro apoyaba.

—Tranquila, mi amor.

Nicolás le acariciaba el cabello y sentía cómo la dulce cabeza de la mujer que amaba temblaba según el ritmo de su llanto. Ella enterró su cara en el hombro derecho de él y él sintió cómo se le iba mojando la camisa de lágrimas cálidas. Siguió acariciándola; sin embargo, para poder honrar el acuerdo, dejó de mirarla y fijó la vista en la oscuridad indefinible que se percibía

a través de la ventana de la habitación. Volvió a pensar lo que ya había pensado incontables veces: que tal vez nunca se volverían a ver, por alguna razón u otra. Este pensamiento invasivo casi rompe el acuerdo; pero Nicolás canalizó todo lo que sentía hacia el abrazar con más fuerza a Carolina y hacia el llenarle la cabeza de besos mientras respiraba hondo el olor a lavanda de su champú. La alejó sólo un poco, con ternura.

—¿Quieres algo de tomar, mi amor? —preguntó. Carolina respondió entre lágrimas:

—No.

—Dale, dime qué quieres. Yo te consiento. ¿Quieres batido de chocolate?

—No —dijo ella, y se le escapó una sonrisa.

—Ah, ya sé. Tú lo que quieres es vodka.

—No, mi amor —dijo ella con seriedad—. No. Yo lo que quiero es batido de chocolate con vodka.

—¡Esa es mi mujer! —dijo él, y se le escapó una risa.

—¿Te gustó ese chiste, mi amor? —dijo ella.

—Qué humilde, mi amor —dijo él.

—Yo siempre, mi amor. Tráeme agua, mi amor.

—Tú siempre, mi amor. Okey, mi amor.

—Gracias, mi amor.

—De nada, mi amor.

Nicolás la dejó en la cama con una sonrisa en la cara y, también sonriendo, caminó hacia la puerta de la habitación, esquivando todo lo esparcido por el suelo. Salió de la habitación y, mientras cerraba la puerta, conectó su mirada con la de Carolina. En cuanto la cerró, se apoyó contra esta y comenzó a llorar. Se tapó la cara con ambas manos y lloró hacia adentro para que

Carolina no oyera. Recordó la voz de su papá: «El hombre llora solo». Respiró profundo. Se calmó. Entró a la cocina. Abrió la despensa y agarró dos vasos desechables. Los puso sobre el mostrador. Sacó de la nevera un contenedor de agua filtrada y lo inclinó sobre cada vaso hasta que ambos estaban casi desbordados con agua fría. Guardó el contenedor. Agarró los dos vasos llenos, uno en cada mano, y caminó de regreso a la habitación, con cuidado, para no derramar agua. Tocó la puerta con la punta del pie.

—Señorita Carolina, aquí le tengo su pedido.

—¡Ya le abro!

Carolina abrió la puerta y agarró uno de los vasos con agua. Tomó un sorbo grande.

—Uf, qué agua más buena —dijo—. Gracias, mi amor. Ven, sentémonos.

Nicolás tomó un sorbo de agua. Se sentaron sobre el borde de la cama.

—Oye, mi amor —dijo Carolina, con ese tono interrogativo tan particular en ella que podría preceder a una pregunta tierna o a una pregunta en broma—: ¿tú quieres que yo te regale vasos de vidrio para tu cumpleaños?

Pregunta en broma. Él sonrió y soltó aire por la nariz como parte de una pequeña risa. Ella insistió:

—No, no, dime en serio y yo te los regalo. Con todo respeto a tus vasos de papel, pero digo yo que ya es hora de que tengas vasos de verdad.

—Tú sí eres linda, mi amor. Gracias por la oferta tan generosa. Estoy totalmente de acuerdo contigo; pero si me la paso mudándome... ¿para qué vasos de vidrio?

—¿Y si dejas de mudarte?

—Entonces sí, vasos de vidrio.

—Ah... bueno.

Se acercaron y juntaron los labios fríos por el agua en un beso que duró hasta que sus labios se llenaron de calor.

Pasaron el resto de la noche oscilando entre alegría y tristeza. Cantaron. Bailaron. Se amaron con ternura. Pegaron sus narices, se abrazaron por la cintura, se miraron a los ojos y se dijeron que se amarían siempre. Se hicieron mil promesas, de las posibles y de las imposibles. Se dijeron de todo, desde «mudémonos juntos» hasta «casémonos», incluso hasta «modestia aparte, mi amor, de verdad que nuestros hijos serían bien parecidos». Acostados, se miraron fijamente, acariciándose. Ella se quedó dormida primero. Él la miró. Temía que fuera la última vez que podría ver su cara y sus cejas y sus orejas y su cabello y su nariz y su boca. Se aguantó las ganas de llorar porque las lágrimas le hubiesen nublado la vista, lo cual le hubiese nublado la futura memoria de la vista. Temía que al día siguiente se arrepentiría de no haberla mirado por más tiempo. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente. Susurró:

—Te amo.

Se volteó en dirección contraria a ella para llorar y dormir. Ella, medio dormida, respondió:

—Yo más.

Él volvió a ella, la abrazó y dijo en voz baja:

—Imposible.

Y se durmieron.

A las once de la mañana del día siguiente, Carolina despertó. Nicolás no estaba. La ropa, las bolsas y las cosas tampoco. Carolina se asustó. Saltó de la cama. Con el corazón en la boca,

salió de la habitación. Suspiró con alivio: Nicolás estaba en la cocina preparando un batido de chocolate.

—¡Al fin! ¡Buenas tardes! —dijo él—. ¿Cómo dormiste, mi amor?

—Bien, bien...

—Qué bueno. Ahora prepárate para probar el mejor batido del universo.

Carolina lo abrazó lentamente:

—¿Por qué no me despertaste?

—Uf, mi amor, estabas profundamente dormidísima. No quise despertarte. Además, quería sorprenderte con el batido.

Ella lo miró con preocupación.

—¿A qué hora quieres salir? ¿Ya metiste todo en el carro?

—Ya todo está listo —respondió Nicolás. Miró su reloj—. Como en una hora salimos: te dejo en tu casa y arranco; así llego al hotel con tiempo.

La frase «en una hora» golpeó visiblemente a ambos. Si hubieran sabido que llegaría el día cuando sólo les quedaría una hora juntos, nunca hubiesen perdido tiempo discutiendo por tonterías como quién fue el o la genio que dejó la bendita toalla tirada.

—Es muy fuerte esto —dijo Carolina.

—Dímelo a mí —dijo Nicolás. Sirvió batido de chocolate en dos vasos desechables nuevos, llenándolos hasta la mitad. Carolina achicó los ojos y miró los vasos de papel con odio fingido. Nicolás se rio. Carolina le guiñó el ojo y tomó un sorbo.

—Wao, qué rico. Está increíble. Gracias, mi amor; pero, oye... te tengo una preguntita —dijo, con su tono muy particular—: ¿tú me ofreciste batido de chocolate anoche porque tú querías?

Delatándose adrede con un tono de indignación exagerada, una mirada esquiva y una sonrisa, Nicolás respondió:

—Qué mente la tuya, oye, por Dios, mujer, qué bárbara, cómo se te ocurre, yo esto no lo puedo creer...

—Tú eres un caso —dijo Carolina, sonriendo.

Se dieron un beso con sabor a batido de chocolate y, cargando sus vasos, caminaron hacia el sofá de la sala. Se sentaron. Advirtieron el apartamento vacío. Él envolvió un brazo alrededor de ella; ambos miraban al frente, abrazados, tomando de sus vasos, sin decir nada, como si estuvieran en el cine. Cuando terminó su batido, Carolina recostó la cabeza sobre las piernas de Nicolás. Él le acariciaba el cabello y le hacía círculos de masaje en la sien. Ella le acariciaba las piernas y, de vez en cuando, le daba uno que otro besito.

A veces, Nicolás miraba su reloj. El primer trayecto duraría seis horas y no quería salir muy tarde. Carolina se daba cuenta; no le gustaba que él mirara su reloj; nunca le gustó; la hacía sentir olvidada, como si él estuviese apurado para irse de su lado. Pero no dijo nada. Rompieron el silencio y comenzaron a recordar en voz alta. Cómo se conocieron. Que se habían visto antes de conocerse. O que de repente vieron a gente parecida. Qué tal fue la primera cita. Él que estaba tan nervioso que casi se le salen los ojos. Ella que se dio cuenta, pero que le pareció más tierno que incómodo. Él que pensó que ella no se había dado cuenta: qué vergüenza. Ella que sí, pero muy tierno. Él que aún se reía de cuando ella se cayó en aquel estacionamiento. Ella que le agradecía por recordar semejante tragedia de forma tan positiva. Ella y él riendo con ojos brillantes y pupilas dilatadas. Se dijeron lo que les gustaba del otro: a él la sencillez de ella, su sentido del humor tan raro, su encanto, su postura, su don de gente, su calor, su risa, su voz, su presencia, su optimismo, su lealtad, su apoyo, sus regalos, su cuello, su esperanza, su capacidad de alegría, sus valores, su

sensibilidad y su ternura; a ella lo detallista de él, su sentido del humor todavía más raro, sus caricias, sus manos, su sentido de dirección en la vida, sus palabras, su pasión, su inteligencia, su creatividad, su disciplina, su amor por la familia, su resiliencia, sus ojos, su ética y su empatía.

Entre recuerdos y confesiones, pasó la hora.

Se levantaron del sofá, vasos vacíos en mano, y se abrazaron con fuerza. Él sintió que se le iban a salir las lágrimas. Se aferró al abrazo para que ella no lo viera llorar. Pensó con fatalidad: «Nunca la podré volver a ver». Ella ya lo conocía, así que lo abrazó y lo apoyó sin intentar verlo, y dijo:

—*It's okay. It's okay.*

Cuando Nicolás había llorado lo que tenía que llorar, ambos se soltaron y se dijeron que se querían mucho. Él se secó los ojos con la camisa. Juntos, salieron por la puerta principal. El sol de medio día cubría todo con una gruesa capa de amarillo. Botaron los vasos desechables en el basurero afuera del apartamento.

—En la basura. Donde pertenecen —dijo Carolina con astucia.

Nicolás se tornó serio y, luego de una pausa, dijo en voz baja:

—Mi amor...

Carolina se preocupó:

—¿Sí, mi amor?

Nicolás exclamó:

—¡Tú sí eres chistosa!

Carolina gritó de la risa como solía hacer a causa de los cumplidos sarcásticos de él, especialmente cuando la tomaban por sorpresa. Ella se reía de verdad, con fuerza, llenando todo el aire a su alrededor con el sonido y la energía de su risa. Se reía con tantas ganas que a veces le

daba un ataque de tos, lo cual causaba que Nicolás le dijera algo como «oye, cuidado que se te sale un bronquio», lo cual la hacía reír aún más. Para él, era la mejor risa del mundo.

Entraron al carro. El sedán estaba lleno de cosas; sólo estaban despejados el asiento de conductor y el de pasajero. Como decía Nicolás, no era ningún relajo manejar desde California hasta Carolina del Norte y menos con tanto peso encima... pero su carrito era fuerte. Él pensó: «¿Cómo así que toda mi vida cabe en un carro?». Nicolás y Carolina se tomaron de la mano. No se soltaron durante todo el trayecto. Él conducía y ella lo miraba conducir. Pasaron por la calle en donde se habían tomado de la mano por primera vez, en ese mismo carro, después de haber visto en el cine una película de miedo durante la cual se la pasaron burlándose de los actores. Pasaron por la heladería en donde a él se le había derramado un poco de helado de chocolate en la camisa y ella había pretendido no darse cuenta. Pasaron por el lago en el cual ella casi se cae durante la primera cita; desde la calle vieron cómo los rayos del sol se reflejaban en el agua resultando en miles de destellos fugaces de luz amarilla y blanca; parecía como si las estrellas se hubiesen metido al lago por el día antes de tener que volver al cielo en la noche. Pasaron por el restaurante italiano en el cual a él se le escapó el primer «te amo» y pensó «trágame, tierra; espero que no me haya escuchado» y ella dijo «yo también te amo» y él pensó «este es el mejor día de mi vida».

Llegaron al estacionamiento de la casa de ella, en donde se habían dado su primer beso alumbrados por la luna en una madrugada que les parecía ya de otra vida.

—Me acuerdo del primer beso —dijo Nicolás—, pero no de cómo llegamos al primer beso.

—Yo ni del beso me acuerdo. Estaba tan preocupada por que saliera bien.

—Salió más que bien. ¿Te acuerdas de que nos quedamos abrazados después?

—Claro, oye, qué lindura nosotros.

Nicolás apagó el carro.

—Vamos, mi amor —dijo. Abrió la puerta de conductor y salió. Carolina respiró hondo por la nariz y dejó salir el aire por la boca:

—Sí —dijo—. Vamos —agregó. Abrió su puerta y salió.

Se volvieron a tomar de la mano lo más pronto posible y caminaron hacia la puerta de la casa lo más lento posible. Frente a la puerta de madera pintada de azul, se miraron. Juntaron sus labios. Él le acariciaba la cara y el cabello con una mano y anclaba la otra en la espalda baja de ella, halándola hacia él. Ella le acariciaba la cara y el cabello con una mano y apoyaba la otra sobre el hombro de él. Sus posiciones sugerían una danza. Se besaron con intensa pasión la cual, gradualmente, cedió a la íntima ternura: la misma forma que había tomado su amor. Un transeúnte pasó enfrente de la casa, los miró sin querer y quitó la mirada. Carolina se percató, se sonrojó y dijo:

—Qué falta de todo yo aquí en pijama besuqueándome en media calle.

—Estoy completamente enamorado de ti, Carolina.

Ella se quedó serena y lo miró con ojos cristalinos.

—Yo estoy completamente enamorada de ti, Nicolás.

Volvieron a juntar sus labios y sus cuerpos y esta vez ambos sentían que tal vez sería por última vez. Interrumpieron el beso y se abrazaron con fuerza. Él la llenaba de besos en la cabeza y en la frente y en la sien. Ella lo abrazaba con más fuerza, casi apretándolo. Gradualmente, el abrazo fue cediendo. Quedaron mirándose de frente.

—Chao, mi amor —dijo Nicolás. Se inclinó hacia ella y le dejó un beso fugaz en la mejilla.

—Chao —dijo Carolina, asustada y triste; aún sentía en su mejilla la presencia del beso.

Él comenzó a caminar hacia el carro, aguantándose las lágrimas y las ganas de mirar atrás y quedarse con ella para siempre, y pensando «¿por qué me tengo que mudar?» y «¿a quién le

importa el trabajo si estoy enamorado?». Entró al carro. Desde el asiento, a través del parabrisas, Nicolás vio a Carolina. Estaba enmarcada por la puerta azul, con los ojos llenos de lágrimas, con un brillo bajo su nariz por haber estado moqueando, con su pijama feo que le quedaba grande y con cabello despeinado de recién despertada. Nicolás pensó: «Perfecta». Y dijo sin darse cuenta:

—Te amo.

Carolina no lo escuchó, pero le leyó los labios y respondió:

—Yo más.

Él también le leyó los labios, sonrió y dijo:

—Imposible.

Ella entendió y se despidió con un ademán. Él hizo lo mismo mientras ponía el carro en reversa y se alejaba de quien había llegado a creer era el amor de su vida. Detuvo el carro en el medio de la calle, paralelo a la casa de ella y, antes de zarpar, la miró una vez más. Intercambiaron otro ademán.

El carro avanzó.

Nicolás no se atrevió a mirar por el espejo retrovisor, aun sabiendo que sólo hubiese podido ver parte de la casa de Carolina que se achicaría poco a poco hasta desaparecer. Se comenzó a reír y dijo en voz alta: «Esto sí que es triste». Luego, comenzó a llorar como un niño. Lloraría mucho durante el viaje.

Fue una semana de viaje que incluyó treinta y seis horas en carretera y varias paradas a lo largo de los Estados Unidos. Partiendo desde Los Ángeles, su primera parada fue en Arizona; luego, en Nuevo México; luego, en Tejas; luego, en Oklahoma; luego, en Arkansas y, luego, en

Tennessee, hasta llegar a su destino: la ciudad de Greensboro en Carolina del Norte. Durante el viaje, mientras conducía, lloraba de vez en cuando; afortunadamente, tenía su música preferida y múltiples vistas hermosas para llenar parte de la carencia interior que sentía. Lloraba más en los hoteles, en cuyas camas extrañas le costaba dormir a pesar de estar agotado por haber conducido todo el día. No podía dejar de pensar en Carolina. Revolcándose en las camas de hotel tratando de dormir, lo atacaban pensamientos y recuerdos. Recordó lo que sintió en el pecho el instante en que la vio por primera vez y la voz interior que le susurró: «Ella es». Pensó: «¿Y si la voz se equivocó? ¿Y si ella no escuchó una voz similar? ¿Y si no me ve como yo la veo? Cómo cambia el mundo. Sólo unas décadas atrás, nadie se mudaba tanto y ya estaríamos casados». Recordó con claridad la carita de ella, dormida, acostada a su lado. Pensó más: «¿Vale la pena mudarse por lo que uno quiere, aunque signifique decirle adiós a quien uno ama? ¿Será que me equivoqué? A ella aún le falta un año para graduarse de la maestría. Este trabajo que me ofrecieron es perfecto. Claro que hice lo correcto. ¿O no? No sé. Amarse de lejos es demasiado difícil y el sufrimiento que trae hubiese manchado el Amor. Mejor que nos separamos. ¿O será que debimos haber intentado?». Pensó que le debió haber llevado flores esa vez que la recogió en la universidad en vez de haber estado preocupado por una trivialidad cotidiana. Luego de horas de revolcarse, de pensar y de recordar, en algún rincón de los Estados Unidos, en algún hotel, en alguna cama, Nicolás se quedaba dormido.

Al volver a la carretera, los pensamientos y recuerdos iban tornándose menos perturbadores. «Hay más belleza afuera de las ciudades que adentro», pensaba. Se sorprendió de lo artístico de Arizona y su caluroso clima le recordó algo: «Este lugar se siente como cuando Carolina y yo abríamos el horno a ver cómo iban las galletas de avena y nos envolvía una ola de calor». Algunas vistas en Nuevo México le parecieron cinematográficas. Tejas le pareció enorme:

«¿Cuántos países caben en este Estado?». La comida en Tennessee le pareció supremamente malsana, pero deliciosa: «Si como así todos los días, me muero feliz y de un infarto». A veces, cuando tenía que detenerse en el medio de la nada para llenar el tanque de gasolina del sedán, fantaseaba con que se encontraría a Carolina dentro de la tiendita de la gasolinera o con que ella lo sorprendería emergiendo del fondo de las cosas que llenaban el carro. Tras el volante, Nicolás componía en su mente palabras para Carolina. Palabras que recordaban en detalle cómo se conocieron y que enriquecían los hechos para hacer parecer que todo había sido algo del destino. Palabras que se acercaban a describir lo que sentía por ella: un amor que nunca había sentido antes y que nunca pensó que llegaría a sentir; un amor completo que abarcaba el cuerpo, la mente y el alma. Palabras con las cuales buscaba hacerla sentir todo lo que él sentía y más. Palabras que le expresaban que era ella; era ella y punto. Palabras de amor. «Hay mucha gente que nunca encuentra esto; me cambiaste la vida; te amo completamente; sólo te falta un año; yo aguanto si significa que después podemos estar juntos; algo resolvemos; vamos a estar bien; te lo prometo; te extraño; extraño tu calor y tu risa y tu voz y tu presencia; puedo vivir sin ti, pero no quiero; puedo tener la vida sin ti, pero la prefiero contigo; mientras tanto nos podemos escribir; te amo en palabras como te amo en persona; aún me queda tanto por escribirte; aún nos falta tiempo; te amo; te quiero conmigo; ven...».

«*Welcome To NORTH CAROLINA*», decía la señal a un lado de la calle. Nicolás la leyó en voz alta fingiendo en inglés un acento sureño. Se llenó de emoción: otro comienzo, otra vida. Sintió dicha. Pensó en cuánta gente nunca logra trabajar en lo que le gusta. Pensó en cuánto sacrificio había hecho su familia para que él pudiera vivir sus sueños. Pensó en cuánto había trabajado él

mismo por esto. Pensó: «Sí, hice lo correcto». Y qué bella era Carolina del Norte, con sus amplias carreteras flanqueadas por pinos y su delicada luz que hacía parecer como si uno viera el mundo a través de una delgada cortina celeste. Nicolás tenía la dirección de su nuevo apartamento en Greensboro apuntada en un papel. Sólo había visto el apartamento en fotos. Era un apartamentito en la planta baja de un edificio de seis pisos. El edificio tenía afuera unos metros cuadrados de hierba que seguramente se cubrirían de nieve al llegar el invierno. Por el momento, Nicolás tenía mucho que hacer. Tenía que ir al apartamento a revisar y firmar el contrato de alquiler con el dueño de la propiedad. Luego, tenía que inspeccionar a fondo el apartamento para asegurarse de que todo funcionara bien. Tenía que vaciar el carro y organizar todo. También tenía que ver qué le faltaba al apartamento e ir a comprarlo. Finalmente, tenía que comenzar a amueblar y decorar el apartamento para hacerlo sentir como un hogar.

Pero antes de ir a la dirección en el papel a comenzar a hacer todo lo que tenía que hacer, Nicolás hizo una parada, la primera parada de su nueva vida. Fue a uno de esos enormes almacenes estadounidenses que venden de todo un poco. Compró una postal, un bolígrafo y dos vasos de vidrio.